

DISCURSO DE ANTONIO MARTIN PUERTAS

Una vez más nos reunimos con motivo de la festividad de San Fernando, precisamente en este año de 1989 en que se conmemora, junto a otros acontecimientos históricos menos dignos de ser recordados, el 1.400 aniversario del III Concilio de Toledo, del que tanto San Fernando como los demás gobernantes católicos españoles son deudores.

Concilio aquél en el cual se renuncia desde el Estado al arrianismo, doctrina que afirmaba nada menos que Cristo ni era eterno ni era consustancial al Padre —doctrina, por cierto, de más actualidad en ciertos aspectos de lo que en principio pudiese parecer—, prohibiéndose la proclamación o enseñanza de otras doctrinas distintas a las católicas, y hecho histórico gracias al cual surge la gloriosa monarquía católica española, que, mientras duró, tantos y tan espléndidos frutos daría para bien de la religión, del pueblo y del Estado.

Uno de esos frutos de la Unidad Católica es San Fernando, cuya festividad hoy nos reúne; fruto serán los Reyes Católicos y derivación suya la obra de los conquistadores españoles en América, que en las nuevas tierras implantarían los principios del Estado católico.

En aquel III Concilio del 589 se establecería la aplicación del verdadero ecumenismo y, no obstante, dada la existencia de una minoría de religión judía, primero, y también musulmana después, se aplicaría la tolerancia hacia otras religiones, pero una tolerancia entendida desde el correcto sentido católico.

Verdadero ecumenismo y verdadera tolerancia católicas que nada tienen que ver con los conceptos que hoy parecen predominar de ecumenismo y de tolerancia.

Porque el verdadero ecumenismo se basa en el mandato de Cristo a sus apóstoles para la predicación universal por toda la «oikoumene», por toda la tierra habitada, de Su verdad, de la única verdad tal y como se expresa en el evangelio de San Juan (14, 6): «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre si no es por mí».

Muy por el contrario, el falso ecumenismo, o mejor, los falsos ecumenismos (dado que la verdad es única y el error múltiple) que bastantes quieren imponer en nuestros días, se pueden expresar en una afirmación más o menos así: «Jesucristo, Júpiter, Buda, Mahoma, todos ellos son el camino, la verdad y la vida, y cualquiera de esos caminos sirve para llevar al Padre», cumpliéndose de esa forma el designio de ese ya muy viejo movimiento que va desde los gnósticos de la Antigüedad hasta la masonería de nuestros días, de querer relegar al catolicismo a ser una religión más entre otras muchas dentro del panteón de las religiones.

El verdadero ecumenismo se ha manifestado en el orden interno de cada sociedad católica en el deseo de instaurar el reinado social de Cristo, y en el orden externo en la expansión del catolicismo en la magnífica página de las misiones, en el afán de apartar a los hombres del error, llevándoles a la única verdadera religión para gloria del verdadero Dios y para salvación de sus almas.

Por el contrario, los falsos ecumenismos se han manifestado en el orden interno, partidarios de destruir el Estado católico, relegando al catolicismo al mismo rango de las demás religiones. De ese tipo de Estado decía León XIII que «aunque parezca poderoso en recursos y abundante en bienes naturales, lleva, sin embargo, en sus mismas entrañas un germen de muerte».

Y basta que echemos una ojeada a lo que ha sucedido en nuestros días para comprobar que a lo que se llega tras la renuncia al Estado católico, con lo que tal Estado conlleva, es a la apostasía total de la sociedad y a iniciar el camino con paso firme, no del reinado social de Cristo, sino del reinado social del Anticristo.

Pero es que en el orden externo los falsos ecumenismos han dado lugar a que bastantes misioneros, imbuidos de esas equívocas teorías, hayan transformado lo que era una misión primordialmente espiritual en ayuda filantrópica a los desahuciados de los países tercermundistas, y además han empezado a encontrar no sólo aspectos positivos en las falsas religiones, sino también valores de salvación, dando lugar a lo que algunos ya han empezado a denominar «el concepto de la pluralidad de Cristo».

Ya no habría un solo Señor Jesucristo, sino muchos; cada religión tendría el suyo.

A ese respecto podemos preguntarnos: ¿cabe acaso mayor falta de caridad que —sabiendo que una persona está errada— animarla a perseverar en el error poniendo en dificultad la salvación de su alma, cuando se le puede ofrecer el recto camino?

¿No se estará confundiendo el amor al prójimo con el amor a los errores del prójimo?

¿No será que, en el fondo, los falsos ecumenismos no son sino falta de fe?

Porque la oración de esos falsos ecumenistas sería la negación del principio al fin del Credo de Nicea, algo así como un «non credo»: «No creo en un solo Dios verdadero, no creo en un solo Señor Jesucristo».

Claro, que dentro de estos falsos ecumenismos los hay de diverso rango por el nivel de sus errores: habría, así, una especie de falso ecumenismo de primer grado que se conformaría con transformar la religión en un vago teísmo; habría otro de segundo grado que buscaría la confluencia con las religiones no cristianas, y habría un tercero, una especie de ecumenismo «light», que se conformaría con la unión —con la unión incondicional— de las confesiones cristianas.

Este tercer ecumenismo, además de peligroso, es de una increíble ingenuidad, pues, ciñéndonos al caso de los protestantes: ¿cómo va a haber unidad con quienes no reconocen los siete sacramentos, con quienes tienen un concepto distinto de la presencia de Cristo en la Eucaristía, con quienes afirman que la salvación no se logra por las obras sino por la fe, con los seguidores de Lutero que, según afirmaba en su libro «Contra el Papado», «La Iglesia papística» es «la ramera del diablo» y el Papa «maestro de todas las mentiras, blasfemias e idolatrías»?

Pero es que, aun olvidando la terminología, que hoy, ciertamente, han variado, no se puede olvidar que a Lutero y a sus imitadores no se les condenó por sus insultos, sino por sus errores, en los cuales se mantienen.

Y, además, yendo a lo meramente práctico: ¿qué sentido tiene la

unidad con el protestantismo, que tras haber destruido sociedades enteras, es, al menos en el caso de Europa, casi poco más que un cadáver del que sólo quedan los prejuicios antirromanos?

El diálogo con los protestantes sólo puede admitirse en la medida en que busque la reintegración a la Iglesia de quienes un día se separaron de ella, y sin que ello implique, por parte católica, renuncia doctrinal de ningún género.

Pero es que también se ha trastocado el sentido del término tolerancia, porque mientras la antigua, la de San Fernando, prohibía a los musulmanes y a los judíos el proselitismo y la búsqueda de conversiones entre los cristianos, la tolerancia de hoy es la del Estado laico hacia todas las religiones consideradas por igual.

Y las consecuencias de todo ello no han podido ser más nefastas, porque, tras la renuncia de esos falsos ecumenismos a la confesionalidad del Estado, ha venido, como derivación inmediata, la renuncia a la confesionalidad de los partidos, de las organizaciones políticas, y también, poco a poco, de las organizaciones sociales.

Hace no mucho se lamentaba uno de nuestros cardenales de que los documentos eclesiásticos «nacen y mueren el mismo día». Lógico: no puede ser de otra forma. Todo documento eclesiástico que no se dirija a lo personal o familiar —y que por tanto es de obligado cumplimiento en conciencia para un católico—, es decir, cualquier declaración dirigida a lo social nace inevitablemente muerta, porque, ¿qué Estado confesional, qué organización política va a verse obligada a aplicarlos, si tales organizaciones confesionales o tales Estados ya no existen?

Por cierto que, en las evocaciones del III Concilio de Toledo, realizadas por sectores más o menos directamente vinculados a la jerarquía de la Iglesia española, se ha venido a hacer un análisis puro y exclusivamente histórico, olvidando la virtualidad para el futuro del Estado católico, como tantas veces nos ha recordado nuestro amigo Manuel de Santa Cruz, y ello con independencia de las dificultades prácticas que en el momento presente pudiese tener tal institución.

Pero es que, en pura lógica, no se podía, por su parte, haber dado al asunto otro tratamiento, porque, si resulta que todo lo que es anterior a Juan XXIII es algo así como el Antiguo Testamento (a Pio XII, que es contemporáneo, se le cita tan pocas veces como a Noé), ¿qué otra cosa se va a esperar al hablar de aquel tal señor Recaredo?

Cuando mencionan el III Concilio de Toledo lo hacen como podrían mencionar el período Jurásico, y a Recaredo, con su extravagante mezcla de catolicismo y política, lo mismo que un paleontólogo podría hablar del fósil conocido como «Archaeopteryx lithographica», curiosa mezcla también de ave y de reptil.

Además, esos sectores demuestran tener un concepto equivocado de lo que es la sociedad, al no creer que ésta será católica por el hecho de que una mayoría de sus miembros practiquen un catolicismo relegado a lo personal; tan errado es el concepto en ese caso de catolicismo como de sociedad, porque la sociedad no es la suma de los individuos que la componen; es la suma de esos individuos más las instituciones, y aunque haya muchos individuos que sean católicos, si las instituciones son corruptoras, la sociedad no será nunca católica.

Esa es otra de las trampas a las que los falsos ecumenismos han conducido: a que la doctrina social se quede en meras declaraciones

inoperantes, y cada vez más abstractas, de buenas intenciones. En resumen, a ser material de archivo.

Muy por el contrario, cuando regía el verdadero ecumenismo, los reyes, los gobernantes y políticos de todo rango se veían obligados a aplicar unos principios y unas orientaciones que, por otra parte, estaban apoyados por las leyes.

Y no nos engañemos: son esos principios, esas leyes católicas, las que les dignifican y les hacen salvables ante Dios y ante la propia historia. Porque, si prescindimos de la religión católica, si prescindimos del Estado Católico:

— ¿En qué se diferencia San Fernando de Abderrahmán?

— ¿Qué es el emperador Carlos V sino un depredador?

— ¿Qué es Hernán Cortés, sino un aventurero como muchos otros?

Recapitemos en lo que hubiese podido suceder si el Estado católico ya hubiese desaparecido en tiempos de la conquista de América, y en caso de que ya hacia el año 1500 hubiesen predominado los falsos conceptos de ecumenismo.

Cuando Cortés llegó a Méjico se encontró con que los sacerdotes aztecas practicaban el rito religioso de arrancar el corazón a sus víctimas humanas con cuchillos de piedra; luego, tras tomar con sus manos el corazón aún palpitante para ofrecérselo a los dioses, se decapitaba a la víctima y se embadurnaba con su sangre el recinto de los sacrificios.

Un Cortés imbuido de falso ecumenismo, ¿hubiese podido, moralmente, prohibir tales ritos tras la conquista, o más bien hubiera debido respetarlos, entendiéndolos, como recientemente explicaba un escritor mejicano, que los sacrificios humanos de los aztecas eran el equivalente de la comunión para los católicos y que los españoles no habían entendido lo que significaban?

Pero no perdamos la esperanza, porque, por malos que sean los tiempos, Cristo ha prometido su triunfo final (el Suyo, claro está, sin la innecesaria compañía de Budas ni de Mahomas).

Hace poco aparecía en la televisión un concejal de Toledo (la ciudad que ahora quieren llamar «de las tres religiones») diciendo que, como muestra de la antigua tolerancia, hoy felizmente recuperada según él, el Ayuntamiento iba a hacer plantar en varios rincones de la ciudad tres árboles juntos: un olivo representando a la religión judía, una palmera representando a la musulmana y un ciprés simbolizando a la católica, de forma que sus raíces se entremezclen.

Pese a la mala intención de esa peculiar repoblación forestal, a la que, por cierto no se ha añadido a imitar ni el imán Jometni ni ningún rabino de Israel, lo cierto es que no han podido hacerlo mejor; porque, aunque las raíces se entrecrucen —y ya sabemos todos que las tres religiones tienen una parcial inspiración común— las ramas jamás podrán entrecruzarse y jamás podrá hacerse un árbol mixto de los tres y, además, siempre será el ciprés quien más alto y vertical apunte hacia el cielo.

Y, antes o después, por la vía de la oración y el sacrificio llegará el triunfo de la religión de Cristo, la religión católica romana, en España y en todo el orbe.